

Discurso al asumir el Rectorado de la Universidad

POR EL

Ing. Rodolfo Martínez

22 de noviembre de 1940.

Asumo con singular emoción el cargo de Rector de la Universidad Mayor de San Carlos, que es sin duda, la más alta distinción a que pueda aspirar un hijo de Córdoba, por la jerarquía intelectual que la distingue, por la tradición gloriosa de su pasado, que hunde sus raíces en las lejanas épocas de la Colonia, en la que aparece como foco civilizador de América, por su influencia en la estructura y organización definitiva de la Nación, realizada por varones preclaros que fueron convencionales del 53, o le dieron normas estables en su vida civil con el Código admirable del 70, por el conocimiento completo del País que contribuyeron a ampliar los sabios que, traídos por Sarmiento, trabajaron para la Academia de Ciencias y para su Facultad de Ingeniería, por la posición destacada que en el presente ocupa entre las universidades argentinas, gracias al prestigio de sus maestros eminentes y a la labor fecunda de sus institutos famosos, por el rango mental de muchos de sus rectores ilustres, varios de los cuales tienen ya la consagración definitiva de la posteridad, y sobre todo, por ser la expresión más alta del espíritu de Córdoba, del cual se nutre y a quien alumbra, como si recibiera del calor de vida de la vieja ciudad, el estímulo necesario o los elementos coadyuvantes para la lum-

bre perenne de su enorme antorcha, que vuelca luego su luz y su prestigio sobre la misma nobilísima ciudad de la montaña.

La Universidad no envejece con el andar de los años y el paso de los siglos. La substancia que da vida a su organismo es constantemente renovada con una continuidad espiritual de empeñoso mejoramiento. Las generaciones sucesivas reciben el legado precioso de quienes las precedieron en el camino ascendente y, responsables tenedoras de afanes seculares, redoblan su esfuerzo en conservarla y en acrecentar el tesoro acumulado. Rinden así, con el valor de su propia obra, el tributo debido a los que se fueron y comprometen como una imposición de la tradición y de la historia, la obra fecunda de los que vendrán.

Y es en este desarrollo histórico que arranca del siglo XVII y que continúa, ya por siempre unido al porvenir mismo de la Nación, que la Honorable Asamblea Universitaria ha resuelto colocar en mis modestas manos, la continuidad del trabajo: honor insigne, cumbre de jornadas en la oscura vida personal, episodio sin trascendencia mañana en la historia milenaria, pero que compromete a la conciencia con el imperio de los deberes trascendentales, que deben cumplirse con tanta mejor voluntad, cuanto más grande es la distancia que separa la dignidad del cargo, de la escasez de justificados merecimientos.

Y como para gravitar aún más en la natural emoción del propio espíritu, el más alto organismo universitario afirmó sus preferencias en forma singularmente destacada, que yo me apresuro a declarar con lealtad que no puedo interpretar como adhesión a mi persona, sino como un propósito noblemente inspirado, de sustraer a los actos electorales que se realizan en esta Casa, de los apastonamientos que señalan posiciones irreductibles, unido a generosos renunciamientos que he valorado como expresión del deseo de encontrar en el asentimiento del mayor número de voluntades, las soluciones

de unidad que signifiquen el tolerante ejercicio del gobierno universitario, haciendo posible así una paz de labor y de fácil convivencia, sin prescindir por cierto, de la necesaria fortaleza, que es parte de la esencia misma de la autoridad.

Sólo así concibo la función de gobernar una alta casa de estudios, con el mayor respeto para la Cátedra, que es la base fundamental de su prestigio, rodeándola de todos los elementos necesarios que garanticen su eficiencia y facilitando su acceso a los valores más auténticos de la ciencia y del trabajo. Función moderadora de impacencias, no de estímulo de pasiones, posición de equidad y de justicia que no significa el equilibrio estático que tanto se parece a la inacción, sino que, por el contrario, debe actuar como fuerza dinámica que orienta o ejecuta, inspirada en el mejor servicio de la enseñanza y el mayor prestigio del hogar común.

No me siento impermeable a las inquietudes de la juventud. Sé que ella, al decir de Didón en su libro magnífico sobre "Los Alemanes y la Francia", suele determinarse más por impresiones, que por convicciones. Sé que es fervorosa del entusiasmo y, a veces, propensa a la rebeldía. Alguien ha dicho que es ésta su condición esencial y su belleza. Sé también que cuando se inclina a la sugestión de las posiciones extremas, no le es fácil aceptar el análisis severo o el paso calmo, que para algunos espíritus tiene sabor de retroceso.

Pero creo que en el fondo de todas las almas juveniles, hay un auténtico deseo de mejoramiento, un sentimiento fundamental de adhesión a la Nación, de respeto a sus instituciones y que en ella se está formando la futura clase gobernante del País. Servirla es, entonces, una imposición del patriotismo, pero servirla en sus más puros y legítimos intereses y de acuerdo con la nobleza superior de su destino, aunque en la dura tarea, suele llegar con más frecuencia al que labra el surco, el gesto de la disconformidad, que el eco halagador de los aplausos.

Concibo el gobierno de esta Casa como función por excelencia de austera y tolerante dignidad, que debe supri-

mir la propia exaltación, porque comprometería la acción moderadora de la prudencia —la virtud que Aristóteles señala como exclusiva y necesaria al que gobierna—, y que no puede prescindir tampoco de la firmeza, sin cuya condición desaparece la jerarquía indispensable y se pierde el respeto necesario.

La Universidad, después de ocho años de fecunda labor, ha ampliado el círculo de sus actividades, aumentado sus escuelas y creado organismos de investigación y de trabajo, que no sólo han acrecentado sus prestigios, sino que han prestado beneficios positivos al progreso de la ciencia.

Aprovechando las condiciones excepcionales de Córdoba y la vocación especial de sus maestros, se creó el Instituto de Tisiología; entendiéndose servir la tradición civilista de la Universidad y rendir al propio tiempo homenaje al jurista eximio que le diera fama, se fundó el Instituto de Derecho Civil y buscando el perfeccionamiento de la cultura superior, con miras a que tuviera su expresión más elevada y completa, se creó con singular acierto, el Instituto de Humanidades, que procura asegurar el cumplimiento para la Universidad, de su natural vocación humanista; acabamiento o plenitud docente que la hará aumentar la alta dignidad que le incumbe por su abolengo espiritual y servir a la sociedad con luces de auténtica verdad, en las horas en que con más angustia las reclame.

Se completará el cuadro de estos organismos de investigación el día que la Universidad proceda a crear un Instituto de Ingeniería Experimental en el que, agrupadas distintas disciplinas, sea factible señalar los beneficios de posibles riquezas naturales del país, ya como materiales para sus industrias, como fuerzas para su expansión económica, o como elementos de construcción para sus caminos, sus edificios o sus obras hidráulicas.

Pero como primer paso para realizar esta idea, es necesaria la dotación imprescindible a nuestra Facultad de Ingeniería, de gabinetes y laboratorios modernos, que permitan

el servicio más eficiente de sus cátedras, y hagan posible en forma más completa, la enseñanza práctica, para que exista en los alumnos la inclinación por el estudio experimental que los oriente hacia la investigación, dándoles oportunidades para que despierten en ellos, las vocaciones que a veces se pierden por falta de un medio adecuado que las aliente o las inspire.

Las circunstancias actuales de la economía de la República, señalan el imprescindible deber de fomentar el progreso industrial del país, y de crear nuevas inversiones de ese carácter. Esta condición no será transitoria; por el contrario, deberá acentuarse en el futuro y para ello, la colaboración del técnico, será una necesidad esencial, correspondiendo a nuestras escuelas de Ingeniería orientarse hacia esos fines y al Estado, el propender a que aquéllas cumplan con una función de tanta trascendencia en el progreso de la comunidad.

Nuestra Facultad de Ingeniería tiene a consideración una moderna modificación al plan de estudios de sus Ingenieros Mecánicos-Electricistas y Aeronáuticos, y no dudo de que su sanción ha de permitir mejorar notablemente la eficiencia de sus egresados, como elementos coadyuvantes de la industria nacional.

El Doctorado en Ciencias que prestigia a nuestra Casa de Estudios en forma tan destacada que instituciones oficiales del Estado becan alumnos para que sigan sus cursos regulares, no escapa tampoco a las necesidades premiosas que señalo.

Ha de ser de utilidad para la solución del problema de la Carta Geográfica del País, la aplicación del plan de estudios sancionado por nuestra Facultad para la carrera de Ingenieros Geógrafos que vendrían a llenar una verdadera necesidad formando técnicos de acabada competencia para esa especialización.

Sin duda que completaría el desarrollo cultural de las actividades que se ejercen en esta Casa, una Escuela Superior

de Bellas Artes. No disonaría con los graves problemas que plantean las ciencias puras, ni con los que exigen resolución el aplicarlas. El arte ocupa adecuado sitio donde los espíritus se afanan por buscar la verdad, que es su propia esencia y donde están los mejor capacitados para apreciar la belleza, que es su aspiración, su objeto y su destino.

No quisiera que se interprete el rápido análisis de las necesidades de nuestra Escuela de Ingeniería, como una preferencia vocacional, ajena a mi espíritu.

Sé que este alto sitio sólo puede ocuparse para mirar con igual interés todas las actividades y apreciar el conjunto de todos los esfuerzos que se realizan con noble empeño por la prosperidad común.

La Facultad de Medicina cuenta con profesores que han señalado métodos nuevos que han merecido aceptación en clínicas de Europa y América, tiene también dificultades que nacen de la falta de elementos para el mejor desarrollo de varias de sus cátedras. Su ilustrado Decano, al hacerse cargo de sus funciones, puntualizó deficiencias y señaló las necesidades perentorias de sus gabinetes e institutos. Decir que la Universidad se ha de esforzar para resolver en lo posible aquellas dificultades y afirmar que el Rector se afanará empeñosamente por su solución, es sólo decir que la Universidad y el Rector cumplirán con su deber.

La Facultad de Derecho, que tanto brillo ha dado siempre a la histórica Casa, la primera y mayor de sus hermanas, sobre quien se fundamenta en forma especial la tradición gloriosa, ha mantenido en el presente su prestigio con sus congresos de Derecho Civil y Procesal, a los que han asistido profesores de las distintas Facultades del país, que han podido aquilatar el singular valer de sus maestros a tal punto, que puede afirmarse sin vanidad que las disciplinas jurídicas que hicieron la fama del codificador eminente, no se enseñan mejor en escuela alguna de la República, que en la propia tierra y en la propia casa de Vélez Sársfield.

Todas las Facultades tienen el problema cada vez más

apremiante de sus locales. Escapa a nuestras posibilidades su resolución inmediata, pero ello no será obstáculo si no estímulo para tratar de encontrarle en la mejor forma posible, la solución que les es indispensable.

Creo que la Universidad velando por la cultura física, que es parte necesaria para la formación integral de la juventud, debe preocuparse por tener un campo de deportes. Lo necesita para ella y para el Colegio Nacional de Monserrat.

La existencia de las nuevas y beneficiosas creaciones que se han realizado en los últimos años, exigen su estabilización definitiva, y me parece que conviene volver nuestros esfuerzos hacia ese objeto, como también dar a los estudios, que son la base tradicional de la enseñanza universitaria en nuestro medio, su más amplio y seguro desarrollo.

Conservar lo actual, ampliar la eficiencia de las viejas escuelas, fomentar su modernización, constituye sin duda un programa de trabajo que tendrá la virtud de significar una obra de continuidad en el camino que nos toque recorrer, lo cual, si torna menos brillante la perspectiva de la labor empeñosa, la hará sin duda más profundamente eficaz en su modesta y silenciosa realización.

Pero las universidades son algo más que escuelas de preparación de técnicos y profesionales y aún que centros de investigación superior. En ellas se termina el ciclo de formación espiritual del núcleo de hombres más selectos que se incorporan a la vida social de la República.

Ellos serán elementos directivos en la vida del país, ya sea que ejerzan funciones específicas de gobierno o por la gravitación necesaria que impone sobre la masa común, la alta jerarquía que confiere la versación científica y la superioridad indudable de una mayor cultura.

Es por ello que ésta me parece tribuna adecuada para recordar que los principios morales deben tener prevalencia sobre el interés material que agita y rodea a la vida moderna, señalar la necesidad del imperio de la justicia en medio de

la ansiedad en que el mundo se desenvuelve por las dificultades de la economía; rendir el más grande homenaje a la libertad condicionada a los deberes que ella misma impone, tan irrenunciables como los derechos que consagra; no olvidar que la personalidad humana, aunque pueda y deba soportar sacrificios en homenaje e interés de sus propios hermanos, no es sólo una pieza de engranaje en la enorme máquina, sino que tiene el singular valimiento y jerarquía que le dan su destino y la dignidad de su espíritu.

Las leyes políticas y económicas, ha dicho Maritain con cabal acierto, no son leyes puramente físicas, como las de la mecánica o de la química: "Son leyes de la acción humana que las inviste de valores morales" —y añade: "La justicia, la humanidad, y el recto amor del prójimo son parte esencial de la estructura misma de la realidad política y económica".

Creo que en las universidades es donde debe sedimentarse y fortificarse el espíritu mismo de la Nación.

Somos un país de ayer, iluminado por la gloria que circundara la frente de nuestros capitanes en la hora dolorosa del advenimiento. País de la prosperidad y del optimismo, no nos ha azotado el dolor ni tenemos por experiencia la escuela dura del sufrimiento. En la dificultad que ofrece el camino al esfuerzo personal, siempre está próximo el ejemplo de alguien que nos precediera y que nos enseña, con sus resultados, el sendero del éxito.

No tenemos aún un siglo de práctica de nuestras instituciones. Tenemos aguzado el espíritu de crítica que es tan necesario, pero cuya aplicación permanente se torna peligrosa. Abierto a todas las corrientes del pensamiento, las ideas se siembran en las almas, como las semillas en la llanura inmensa. El libre examen de nuestra historia, trata a veces de modificar juicios sobre hombres que en la conciencia popular son definitivos y con frecuencia se agrandan las sombras, en vez de hacer resaltar más brillantemente el patriótico empeño con que marcaron en su hora el destino de la República.

El cuidado de esa fe en las instituciones que estructuraron nuestra existencia política, del acervo histórico que es nuestro patrimonio espiritual como Nación, del culto por quienes fueron los creadores de esta entidad Argentina que nos enorgullece y nos distingue, tiene que ser confiado a las clases directivas del país, entre las cuales no puede prescindirse de aquella que tiene el ascendiente de la intelectualidad, ya que no pueden ser otros hijos los que pretendan señalar el camino, que los que tengan por su contacto con la ciencia, la autoridad de su pensamiento y el prestigio de su propia luz.

El mundo se debate en una crisis dramática; toda la preocupación del talento parece encaminada a encontrar los medios de la más rápida destrucción; la lucha es de las grandes naciones y los pueblos se yerguen radiantes de heroísmo y de sangre. Nada respeta el poder destructor que se precipita al corazón de las ciudades, ni las mujeres que son madres, ni los niños que son esperanzas. Saltan los principios de respeto a los indefensos, como se quiebran los arcos de los puentes, como se hunden las cúpulas de los templos y se pulverizan los mármoles del arte. Mientras Europa se presenta desgarrada como expresión de todos los dolores, el espíritu se pregunta con ansiedad, si asistimos al nacer de una civilización nueva o si sólo nos estará reservada la amargura de presenciar la muerte de la nuestra.

Y el cruento debate llega a las naciones ajenas al conflicto y la pasión agita la opinión de los pueblos y aún se corre el riesgo de que la unidad espiritual del país pueda perderse porque se toma con frecuencia posición irreductible en el campo de las ideas que nos llegan traídas con los vientos de la tragedia inmensa.

Creo que esa unidad espiritual es la que se necesita salvar a toda costa. Sé que las universidades no pueden tomar posturas de combate frente a las ideologías que se discuten; pero creo que deben fomentar un concepto de segura y firme argentinidad, al cual están ligados, sin duda, los fundamen-

tos de nuestra organización, que se afirman con los hechos que constituyen la esencia democrática de nuestro desarrollo histórico.

Admitamos con fé que los principios de justicia y libertad que señala el sentido de la civilización actual, no han de perecer en el rudo batallar, y que, sobre ellos, la nueva vida ha de organizarse una vez que la paz nos señale el camino de la reconstrucción espiritual y material del mundo.

Tengamos la convicción de que prevalecerán los ideales de Aquel que, al decir de Papini en su historia magnífica, "escribió una sola vez sobre la arena y el viento borró para siempre su escrito, pero que supo comunicar las verdades más altas por medios tan sencillos que al cabo de veinte siglos resplandecen con esa juventud única de la eternidad".

Señores Profesores:

Jóvenes Estudiantes:

Quisiera abarcar en un amplio concepto de comprensión sin reservas y de solidaridad sin limitaciones, la dedicación que de todos reclama la grande obra, que sólo será tal por la suma de las fuerzas concurrentes a su realización. Si no hay gobierno sin jerarquías en toda humana organización, toda jerarquía puede nivelarse en la conjunción de los tributos de voluntad y de espíritu que cada generación debe a su tiempo en la conquista del supremo y perdurable ideal.

Hablo a los maestros de estas altas cátedras argentinas y a las generaciones de estudiantes que llegarán más cerca que nosotros a las etapas superadas del porvenir nacional. Desde este eminente sector espiritual que enfoca en su cono de luz el destino mejor de la patria soñada por sus próceres y constructores, mi pensamiento toma altura para sentirse con el fuerte derecho de pedir sin vanidades, sin lisonjas y sin renunciamientos, la colaboración necesaria, que es un deber imperativo de los unos, de los otros y de todos, para dar realidad y contorno a la obra de conservación y acrecenta-

miento de los ingentes bienes que han sido confiados a nuestra custodia y responsabilidad.

Tratándose de universitarios, sé que no hago en vano esta invocación a los que ejercen el magisterio de las ideas y a las juventudes promisorias que se hallan en la última ruta de su ascensión espiritual. Los nobles blasones de esta venerable Casa de Estudios, son demasiado respetables para que sus propios hijos la defrauden con desviaciones perturbadoras de su serena y altísima misión cultural.

Dr. Novillo Corvalán:

Dejáis el alto cargo rodeado de legítimo prestigio. Vuestra obra será perdurable: porque tiene en sí misma fuerza suficiente para subsistir y porque vuestros sucesores deberán fortificarla para bien de la Universidad.

Hace cuatro años recibísteis el homenaje de la Asamblea Universitaria al reelegiros. Hoy es Córdoba quien os reconoce como a uno de sus más auténticos valores.

Me asocio al juicio unánime con tanta mayor decisión y libertad, cuanto que en la obra realizada no he tenido el mérito de colaboración.

Ajeno a los Consejos Superiores Universitarios que durante ocho años compartieron con vos la dignidad del gobierno de esta Casa, puedo decir con verdad, que hicísteis mucho por el bien de ella.

En reiteradas oportunidades he aplaudido sin reservas vuestras iniciativas y aún en los casos en que he disentido con las mismas, he señalado siempre la noble inspiración determinante de vuestras actitudes y las condiciones superiores de acierto y de juicio para apreciar los hechos y los hombres.

Recibísteis la Universidad en horas de zozobra; la entregáis bajo un clima de paz y de trabajo.

Vuestro paso por ella figurará en su historia como época fecunda y el cargo de Rector, que no admite acrecentarse

en el honor que importa, agrava en cambio la exigencia de su servicio, con la responsabilidad de sucederos.

Y estas palabras, señores, no son ni la expresión de antigua y cordial amistad, ni una imposición de cercano reconocimiento.

Y al iniciar nuestra ardua tarea al servicio de la enseñanza, invoquemos a Dios y pensemos en la República.